

¡INHALA PROFUNDO FREDI, SÉ VALIENTE!

¡INHALA PROFUNDO FREDI, SÉ VALIENTE!

De calle, drogas y libertad

Roberto Emmanuele Mercadillo Caballero

Eduardo Cabrera Ramírez

Herder

Diseño de cubierta y formación electrónica: Claudio Bado/somosene.com

Esta obra se terminó de imprimir y encuadernar en 2025
en los talleres de Impresos Vacha S.A. de C.V.

© 2022, Editorial Herder
Libros de Sawade, S. de R.L. de C.V.
Tehuantepec 50, colonia Roma Sur
C.P. 06760, Ciudad de México

© Roberto Emmanuele Mercadillo Caballero

© Eduardo Cabrera Ramírez

ISBN (México): 978-607-7727-94-1

ISBN (España): 978-84-254-4943-7

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del Copyright está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Herder

www.herder.com.mx

ÍNDICE

GRATITUDES	9
-------------------------	---

APERTURA

Inhalar profundo... para escuchar esta historia	11
---	----

PRIMERA PARTE: DE CALLE

1. Mi madre tenía una cultura muy rara	31
2. No hay que ser chingón, sino valiente	43
3. Todos tienen su fama en la calle	56
4. Ser indolente	66
5. No es que siempre hayamos sido malos, que así nacemos	74
6. Mi mente era como yo, sin reglas, sin obligaciones	88

SEGUNDA PARTE: DE DROGAS

7. El activo entra a tu cuerpo, sientes que te vas: Los inhalables.	99
8. Me daba miedo dormirme, sentía que no existía: Las pastillas.	108
9. El diablo ya no me sonreía: El arpón y la cocaína.	114
10. No era un encuentro contigo, era alguien que te encontraba a ti: El peyote y otras plantas	126
11. Estar alegre y bailar: El alcohol.	140

TERCERA PARTE: DE LIBERTAD

12. ¡Cuánto tienes, cuánto vales! Esa era la sociedad “del bien”.	153
13. ¡A mi hermana la respetas!	165
14. El amor es más profundo de lo que parece, más profundo de lo que nos dicen que es.	172
15. Yo era como alguien más que no conocía	185
16. El dolor tocó mi vida. Empecé lo que llamo trascender.	189
17. La sensación de comer y tomar agua	199

MANIFIESTO

Ser valiente... o jalar al líder.	211
--	-----

FREDI AHORITA	225
----------------------------	-----

¡Pues si le sirve a alguien, está chingón!

El Fredi, 2018

GRATITUDES

De Eduardo:

A mis carnales... el Kobos, el Charrascas y el Fredi, por compartir su vida en la calle.

A Mariana, por el amor.

A mi amigo, Carlos López, por su apoyo en mi vida en la sociedad de acá.

Al Padre Chinchachoma, por convertir el carbón en diamante.

De Roberto:

A mi madre, Norma Caballero, por haber tenido el ojo certero para integrar a Fredi en nuestro equipo...

Al equipo de Justicia Transicional y Paz AC y a Psico-calle Colectivo (Lorena Paredes, Luis Guerrero, Mateo Rivera, Ricardo Mosco), por estar hombro con hombro en esta exploración callejera y narrativa vibrante que busca reivindicación...

A Froylán Enciso, por escuchar siempre atento y profundo, y por no permitir claudicar cuando la brutalidad de la calle parece devastar los sentimientos...

A mi equipo en la UAM-Iztapalapa (Javier Velázquez, Beatriz Gómez, Emilio Domínguez, Lupe Terán, Yoaly Arana, Oscar Sánchez, Jatziri Contreras, Gabriela Hurtado), por brindar los espacios físicos, afectivos e intelectuales para lograr esta historia con soltura y confianza...

A Joaquín Guillén Márquez, por la tan cuidadosa revisión del texto y la tan comprometida mejora en sus palabras y narrativa. ¡Muchas gracias Joaquín!...

A Matilde Ortuño, por la laboriosa transcripción de las entrevistas.

A Raquel Gutiérrez, por la compañía tan de cerquita para reflejarme con cuidado en la historia que Fredi nos contaba...

A Marina Ariza, Fernanda Torres, Nayeli Páez y Verónica Rodríguez por la revisión del texto, sus comentarios e impulso para elaborarlo con calidad y emoción...

A Cinthia Montiel, por las fotografías que ilustran este libro, hechas con tanto cariño y solidaridad...

A Jan Cornelius Schulz, Lizbeth Zavala, Claudio Bado y todo el equipo de Editorial Herder México, por la siempre valentía de editar y publicar historias que trasciendan y sacudan la conformidad de nuestras mentes, con cuidado artesanal y dedicación máxima...

A las y los carnales que viven en las calles, por su aceptación y atrevimiento para intentar conocer una comunidad antes muy ajena. ¡Muchas gracias Huicha y Kalusha!...

Por su puesto, a Fredi, por compartir su historia, su conocimiento y el café de las mañanas y las tardes...

APERTURA

Inhalar profundo... para escuchar esta historia

Cuando inhalamos, el aire cargado de oxígeno entra a nuestra nariz y boca, pasa por la faringe, la laringe y la tráquea para luego expandirse en nuestros pulmones. El oxígeno que ingresa con la inhalación se transporta por la sangre y lo hace llegar a las células de nuestro cuerpo para que cumplan su metabolismo, su función viviente. Ese oxígeno es el suplemento para que las células en nuestro cerebro, las neuronas, logren hacer sinapsis y se comuniquen entre ellas para simbolizar, dentro de nosotros, el mundo que ven nuestros ojos. Así, la inhalación permite, automáticamente y sin solicitarlo, no solo la vida, sino la mente; esa función del cerebro que permite movernos hacia un lugar deseado, recordar lo que hemos vivido (u olvidarlo), sentir y hablar para expresar a alguien más lo que sentimos y comprender (o intentar comprender) lo que escuchamos.

¡Inhalar y exhalar! ¡Inhala profundamente por la nariz y exhala poco a poco, con lentitud, por la boca! Esas son las primeras instrucciones para alcanzar la meditación *vipassana*, que consiste en apreciar la realidad tal como es, según el budismo. La inhalación consciente, dice el líder espiritual Tenzin Gyatso, puede conducir a una refinada y sutil sensibilidad para atender todo lo que sucede, para atender el presente. También dice que, si bien la *vipassana* es una práctica para entrenar la consciencia y la mente, el budismo no se interesa en su descripción; más bien, su objetivo es aprender a situar nuestra atención en el momento presente para superar el sufrimiento que causa el apego humano al pasado y su aversión al futuro. El objetivo es observar al mundo con compasión,

sin juzgarlo, comprendiéndonos a nosotros mismos y a los otros como seres sensibles y potencialmente sufrientes. Inhalar conscientemente es, entonces, el primer paso para vincularnos con el otro y escucharlo, desde nuestro presente¹.

Inhalar es, también, la práctica que da nombre al uso de un tipo de sustancias psicoactivas: los inhalables. Podemos verlos en los aparadores de ferreterías y estantes de nuestros hogares y trabajos: los solventes, el *thinner*, la gasolina, el pegamento de contacto, las pinturas de aceite, los limpiadores para PVC o las tintas para serigrafía. Mediante su inhalación, los activos de estas sustancias ingresan al cerebro humano y modifican su marcha; pueden hacer que la mente vea, escuche, toque, recuerde y simbolice la realidad de una manera diferente, como distorsionada, por algunos minutos. Además, la química de estas sustancias actúa en una particular función de nuestro cerebro llamada sistema de recompensas, la cual permite sentir placer mediante la liberación del neurotransmisor dopamina². Se inhalan solventes para percibir un mundo diferente, para recordar los pasajes de la vida con placer, como queriendo olvidar o distorsionar aquello que provoca dolor. De alguna forma, la inhalación de solventes y la inhalación consciente budista tienen algo en común: buscan desvanecer el sufrimiento.

1 Tenzin Gyatso, más conocido como el XIV Dalai Lama, ha escrito varias obras sobre la meditación budista de la escuela Tibetana. Para conocer su explicación sobre el proceso de respiración consciente en la meditación *vipassana*, el lector puede consultar: Dalai Lama. *El universo en un solo átomo*. 2ª Ed. DeBolsillo. Ciudad de México, 2018.

2 Para una explicación amplia sobre los efectos recompensantes o placenteros de las sustancias inhalables psicoactivas, el lector puede consultar: Duncan JR & Lawrence AJ. 2013. Conventional concepts and new perspectives for understanding the addictive properties of inhalants. *Journal of Pharmacological Sciences*, Vol. 122, pp. 237-243.

Paradójicamente, junto con el placer, los inhalables provocan dolor: la nariz y la boca se irritan, el ardor de la faringe parece quemar, el tejido de los pulmones y del corazón se daña, lo que dificulta gradualmente la respiración y la oxigenación del cuerpo. Las funciones del cerebro se distorsionan: el cuerpo se mueve sin coordinación, la persona pierde el equilibrio con facilidad, disminuye su capacidad para recordar lo que vive, para poner atención en el mundo y para emocionarse con los otros.³ Su acción en el sistema de recompensas dota a la persona de una especie de placer desmesurado (o quizá de evitación del sufrimiento); la dota de una adicción que algunas posturas médicas consideran un daño cerebral con el cual la persona pierde su voluntad y esta se somete a la sustancia⁴.

3 Para una revisión sobre los aspectos clínicos de las sustancias inhalables y sus efectos en el cuerpo, el lector puede consultar: Cruz SL, Rivera-García, MT & Woodward JJ. 2014. Review of toluene action: clinical evidence, animal studies and molecular targets. *Journal of Drugs and Alcohol Research*. Vol. 3. pp. 235840.

4 Una de las definiciones dominantes sobre adicción en el ámbito científico actual es la otorgada por el Instituto Nacional del Abuso de las Drogas de los Estados Unidos (NIDA, por sus siglas en inglés, National Institute on Drug Abuse): *una enfermedad crónica y recurrente del cerebro que se caracteriza por la búsqueda y el consumo compulsivo de drogas, a pesar de sus consecuencias nocivas. Se considera una enfermedad del cerebro porque las drogas modifican este órgano: su estructura y funcionamiento se ven afectados. Estos cambios en el cerebro pueden ser de larga duración y pueden conducir a comportamientos peligrosos que se observan en las personas que abusan del consumo de drogas.* Los reportes y la información extensa ofrecida por el NIDA puede consultarse en: <https://www.drugabuse.gov/es/publicaciones/serie-de-reportes/las-drogas-el-cerebro-y-el-comportamiento-la-ciencia-de-la-adiccion/abuso-y-adiccion-las-drogas>

Pero ¿acaso la voluntad humana puede someterse a una sustancia? Y si fuera así, ¿lo es para todas las personas que la consumen? Si asumimos que así es, entonces debemos aceptar que los solventes coartan la libertad de quienes los inhalan, y con ello, su posibilidad de cambio. Quedaría poco o nulo espacio para sus decisiones y su conciencia en un mundo fuera de la sustancia. En 2015, con esta pregunta en la cabeza, un grupo de neurobiólogos(as), psicólogos(as) y antropólogos(as) iniciamos un proyecto en el cual confluía la inhalación de solventes como una alteración en la respiración, como un comportamiento adictivo y como una forma para observar el mundo con una conciencia diferente. Se trataba de indagar los efectos de los solventes en el cerebro y en la mente de sus usuarios, de conocer sus motivaciones para consumirlos, a pesar del dolor que provocan; también conocer su manera de recordar, su manera de moverse con temblores, su lenguaje a veces lento y sus expresiones para comunicar lo que sienten. Se trataba de buscar rutas para prevenir y reducir los daños del consumo, no solo desde lo que los académicos podríamos observar, sino, además, desde la propia mirada de las personas consumidoras, pretendiendo comprenderlas como las genuinas portadoras del conocimiento sobre la experiencia de los inhalables.

La curiosidad científica y los posibles tratamientos clínicos en torno a los inhalables no eran lo único que nos motivaba, también lo era la incidencia de su consumo. En 2016, se calculó que el 1.7% de los mexicanos(as) de entre 12 y 25 años de edad había consumido sustancias inhalables. Los porcentajes parecieran cifras menores, pero pensemos que serían alrededor de 637.574 en un país con 37. 504. 392 jóvenes⁵. Esta preocupación no era nueva. Ya desde la década

5 Para 2016, el INEGI estimó que en México habitaban 37. 504. 392 jóvenes de entre 12 y 29 años de edad. El porcentaje de incidencia en el

de los 70, un puñado de psiquiatras, psicólogos y neurofisiólogos había señalado a los inhalables como aquellas sustancias que, en caso de no comprenderse y atenderse, marcarían la salud mental de buena parte de las y los jóvenes mexicanos. Fue por eso que el entonces Centro Mexicano de Estudios en Farmacodependencia configuró grupos interdisciplinarios para investigar la química de los inhalables, las consecuencias médicas de su consumo y sus motivaciones hacia dentro de la sociedad, así como su regulación legal y la forma de intervenir y prevenir⁶. Pero, salvo por algunas publicaciones que dan razón de ello, este esfuerzo pareció poco escuchado⁷. En las décadas posteriores, el estudio sobre otras drogas, como la marihuana, la cocaína o la heroína, ganó terreno y los solventes fueron quedando, poco a poco,

consumo de sustancias inhalables puede consultarse en la ENCODAT 2016-2017: Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz *et al.* 2017. *Encuesta Nacional de Consumo, Drogas, Alcohol y Tabaco 2016-2017: Reporte de Drogas*. Ciudad de México: INPRFM.

6 El Centro Mexicano de Estudios en Farmacodependencia (CEMEF) fue creado en 1972 para desarrollar investigación interdisciplinaria, estrategias preventivas e intervenciones clínicas en el ámbito del abuso de sustancias adictivas. En 1978 fue sustituido por el Centro Mexicano de Estudios en Salud Mental (CEMESAM) para ampliar la competencia del CEMEF en el ámbito de la salud mental del país. En 1979, las funciones de este centro fueron ampliadas repercutiendo en la creación del actual Instituto Nacional de Psiquiatría “Ramón de la Fuente Muñiz”. Para una interesante revisión sobre la perspectiva de los inhalables a cargo de CEMEF, el lector puede revisar: Cuadernos Científicos CEMEF. 1975. Vol. 2.

7 Para una revisión reciente de las investigaciones sobre sustancias inhalables psicoactivas en México, el lector puede consultar: Martínez-Vélez *et al.* 2016. Las aportaciones de 40 años de investigación epidemiológica en México sobre consumo de solventes inhalables. *Salud Mental*, vol. 39 Núm. 2, pp. 85-97.

en el olvido. Hasta hoy, las sustancias inhalables no figuran en las actuales y álgidas discusiones nacionales sobre la regulación de las drogas; si acaso se mencionan, es para exponer (nuevamente) sus estragos y reforzar la postura radicalmente prohibicionista de una sustancia que (paradójicamente) puede estar legalmente acomodada en los anaqueles de las tlapalerías y en nuestros hogares. En el ámbito internacional las cosas no son muy diferentes; hasta enero de 2019, las investigaciones sobre estrategias de intervención para los usuarios de inhalables no pasaban de ser una decena de esfuerzos aislados, la mayoría en países desarrollados⁸.

Muchos de nosotros sabemos algo sobre los inhalables y su consumo, algunos observan con risa, como en serio, como en broma, la divulgación de la “mona” sabor guayaba⁹ en

8 Como ejemplos de reportes científicos sobre intervenciones en consumo de sustancias inhalables, el lector puede consultar: *Dingwall et al. 2011. Cognitive recovery during and after treatment for volatile solvent abuse. *Drug and Alcohol Dependence*, vol. 118, pp. 180–185; *Dell D. & Hopkins C. 2011. Residential volatile substance misuse treatment for indigenous youth in Canada. *Substance Use & Misuse*, vol. 46, pp. 107–113.

9 La “mona” es una de las formas típicas para el consumo de sustancias inhalables. Consiste en mojar un trozo de estopa, tela o papel con algún compuesto inhalable (gasolina, thinner, limpiador de PVC, etc.). Ese trozo es llevado a la nariz o a la boca para aspirarse y producir los efectos psicoactivos de la sustancia. Su sabor puede resultar molesto para el consumidor o personas con quienes interactúa, además de que provoca sensaciones de ardor. Para paliar esos efectos, algunos consumidores colocan el trozo de estopa, tela o papel dentro de un recipiente con trozos de guayaba, de tal forma que la inhalación se acompaña de un sabor frutal con sensaciones más dulces. Para comprender el uso de la mona en poblaciones que viven en la calle, el lector puede consultar: Paredes LE. 2018. *Libertad en tolueno Una experiencia de nacer, crecer, vivir y sobrevivir en la calle*. Tesis de Maestría en Antropología Física. Escuela Nacional de Antropología e Historia.

redes sociales, otros experimentamos el mareo al pintar una tubería o sentimos ese gusto casi culposo por el olor a gasolina, barnices de uñas o tintas de plumones mientras escribimos en un pizarrón. Muchos de nosotros sabemos que existen y que se usan como drogas, pero los inhalables no forman parte de la llamada narcocultura y narcoeconomía que centra la atención de las noticias en nuestro país. Y es que, aunque sabemos que existen, asociamos su consumo a los herederos de la gran migración campesina a las urbes mexicanas en la década de los 60, lo asociamos a aquellos que viven en la calle, a aquellos que son importantes en la medida en que no queremos verlos cerca de nosotros: los marginados.¹⁰

Por eso, nuestro proyecto se centró en algunos de los 6.754 pobladores que viven en las calles de Ciudad de México¹¹. El acercamiento con ellos no fue fácil; obviamente no es como invitar a una chava o a un chavo a un proyecto universitario, bajo nuestras condiciones, sin conocernos, apostando a su interés por la ciencia o por su salud. Nuestro acercamiento mediante centros de rehabilitación tampoco fue exitoso; su interés en solo evitar el consumo (y a veces patologizar al consumidor) no era parte de nuestras premisas, porque se aleja de la comprensión amplia sobre los motivos y visiones del mismo consumidor. La perspectiva asistencialista que percibimos en algunas organizaciones no gubernamentales tampoco fue de nuestro interés, porque, desde nuestra visión, despoja a la persona de su responsabilidad,

10 Un extenso y pionero estudio sobre jóvenes consumidores de inhalables en las urbes mexicanas puede consultarse en: De la Garza F, Mendiola I & Rábago S. 1977. *Adolescencia marginal e inhalables*. Editorial Trillas. México D.F.

11 Dato preliminar en 2017 del Censo de Poblaciones Callejeras según el Instituto de Asistencia e Integración Social de la Ciudad de México.

conciencia y voluntad en el consumo; la despoja de su libertad y decisión, puntos que nos interesaba explorar. Tampoco teníamos redes tejidas con pobladores callejeros. Para hacerlas requeríamos un aliado, alguien que conociera la calle y los inhalables desde dentro, pero que también se mostrara interesado y abierto al diálogo con algunos académicos. Ese aliado fue Fredi, protagonista de la historia que aquí se relata¹².

Fredi llegó a la calle alrededor de los siete años. Ahí aprendió a consumir inhalables, a preparar la mona, a saber dónde comprarlos, cómo compartirlos y cómo cuidar su bote de activo —como se nombra a los inhalables en la calle— para que no se lo arrebataran. Su inhalación incesante se mantuvo hasta los 19 años, durante los cuales acompañó a los solventes con el consumo de otras drogas que marcaron su experiencia y su búsqueda interna. En la calle también aprendió a “ser callejero”; aprendió los códigos y formas para protegerse, dormir, convivir, comer, amar, pelear, robar

12 En el transcurso del proyecto de investigación le platicué a una persona cercana nuestras dificultades para acceder a participantes que consumieran sustancias inhalables y que vivieran en las calles de Ciudad de México. En ese entonces, ella asistía frecuentemente a reuniones de Al-Anon, una agrupación de autoayuda conformada por familiares de personas que padecen alcoholismo u otras adicciones, en la que Fredi fungía como su padrino o guía en el proceso de autorreconocimiento y superación de su propia problemática en torno a su vida familiar y de pareja. Ella me contactó con Fredi, parte de cuya historia conocía e intuía su aportación a nuestro proyecto. Él se mostró interesado desde nuestro primer encuentro, realizó preguntas concretas sobre los objetivos y metodología del proyecto, así como sobre nuestro interés en estudiar poblaciones callejeras. Una vez explicado nuestro objetivo e interés, lo invité a formar parte del equipo de investigación. Fredi aceptó y decidimos planear juntos la metodología del proyecto; él sería el enlace y primer contacto con los participantes.

a los transeúntes, retar a los policías y ayudar a sus carnales. Para nosotros, además de un aliado, fue un entrenador. Nos introdujo en el mundo de la callejerización para saber cómo saludar a los chavos, cómo evitar darles palmadas en la espalda y confundir el saludo con lástima, cómo evitar las miradas esquivas que automáticamente nos salían cuando estábamos frente a ellos o ellas, cómo compartir la comida y no rechazar la tortilla que nos daban con sus manos. Aprendimos, poco a poco, a escucharlas y escucharlos, y a interrogar nuestra propia noción de respeto que no siempre coincide con la suya, pero que busca lo mismo: vernos con dignidad.

Los solventes y la calle dejaron huellas en Fredi. A sus 36 años, los movimientos de su cuerpo de 1.60 metros. distinguen un andar sosegado pero vigilante. Su rostro moreno enmarca una mirada apacible pero penetrante, comprensiva pero desconfiada, sincera pero con profundidades inaccesibles. Los daños causados por los solventes y la brutalidad callejera le concedieron la posibilidad de una transformación, pausada pero honda y sin retorno, en la cual se sumergió a los 20 años. Es esa transformación la que acentúa la libertad humana y la que impugna a la adicción como solo una pérdida de la voluntad provocada por un daño en el cerebro.

Para comprender la transformación de Fredi es necesario conocer su historia, la respiración que le daba vida a su cuerpo, las inhalaciones cortas e intermitentes que le concedían placer, dolor y otras consciencias, así como las inhalaciones profundas que lo vertieron a su interior para luego observar el mundo de fuera con otro juicio. Es cierto que los solventes y la calle afectaron el cerebro de Fredi, pero no podemos comprender su vida solo desde esas afectaciones, porque los juicios asentados en el cerebro humano son singulares, varían de persona a persona, tienen sentido en su

historia con los otros, en los significados que da a los cuadros que atavían su cultura, en el colectivo al cual pertenece y en los afectos que entreteje. Mediante esa singularidad, diría el antropólogo Juan Castaingts¹³, la persona tiene un espacio para elegir cuáles signos de su cultura acepta y de cuáles se despoja. Por eso, leer la vida de Fredi es un viaje fenomenológico para comprender su consumo de inhalables, su experiencia vivida en las calles y su comunicación consciente de los recuerdos (porque la experiencia es, siempre, la experiencia de algo). La historia de Fredi, como todas las historias, muestra una vida mutable, convertible, que nos habla de la alteridad humana. Y es que, como plantea el filósofo Duns Escoto, el humano es persona cuando se le reconoce como un peregrino que muda conforme transcurre el viaje de su vida y se relaciona conscientemente consigo mismo y con los otros, en una dependencia mutua, inescapable de quien está junto, pero abierta, sin fusionarse con ese otro, manteniendo su singularidad¹⁴.

Dice Castaingts que las estrategias humanas para comprender el mundo se traducen en la mente como relatos conscientes e intuitivos, como una serie de cosas a realizar para enfrentarse al universo y resolver sus problemas. Por eso, la historia de Fredi se muestra como una suerte de relatos comunicados en primera persona que incorporan la subjetividad, porque la subjetividad y su empirismo, dice el neurobiólogo José Luis Díaz, es la cualidad de la

13 Recomiendo al lector revisar: Castaingts J. 2011. *Antropología simbólica y neurociencia*. Editorial Anthropos. Barcelona

14 También sugiero al lector revisar el análisis de la persona según Duns Escoto y su vínculo con las neurociencias contemporáneas en: Mercadillo RE & Fuentes DA. La persona de acuerdo con Duns Escoto: Una lectura desde la perspectiva neuroética. *Ludus Vitalis. Revista de filosofía de Ciencias de la Vida*. Vol. 49. pp. 183-206.

conciencia¹⁵. La historia de Fredi es, también, un discernimiento de la experiencia *psiconáutica* situada en el cerebro humano, porque esta historia se expone con una premisa: “*mientras no consigamos explicar a fondo la experiencia subjetiva de la conciencia, la brecha explicativa entre los procesos físicos que ocurren en el cerebro y los procesos de conciencia, permanecerá tan ancha como siempre*”.¹⁶

Los relatos se desprenden de entrevistas a profundidad que realicé a Fredi y de las notas de campo que escribí durante nuestro trabajo con poblaciones callejeras entre 2015 y 2017¹⁷. La edición no fue una labor sencilla. Los relatos y

15 Recomiendo al lector revisar la extensa obra de este autor sobre la conciencia y sus manifestaciones cognitivas y afectivas. En particular: Díaz JL. 2008. *La conciencia viviente*. Fondo de Cultura Económica. México D.F.

16 Dalai Lama. 2018. *El universo en un solo átomo*. 2ª Ed. DeBolsillo. Ciudad de México. p. 157.

17 A lo largo de dos años (2015-2017) realicé 16 entrevistas a profundidad para conformar la historia de vida de Fredi. Las entrevistas siguieron un guion temático y cronológico que abarcaba su infancia, su familia, su vida en la calle, su experiencia en el consumo de sustancias, su rehabilitación y sus propuestas de trabajo con jóvenes que viven en la calle. Como regularmente sucede en entrevistas a profundidad, los ejes temáticos no siempre son secuenciales y se respetan las asociaciones que el participante va generando a lo largo de su relato. Además de las entrevistas, la configuración de la historia de vida de Fredi se complementó de notas que escribí durante el trabajo con pobladores callejeros junto con él y mi equipo de investigación en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Durante nuestras visitas en campo o evaluación de los participantes, Fredi mencionaba aspectos de su vida, fragmentos de su historia, explicaciones de su perspectiva de trabajo o descripciones de lugares, las cuales permitieron llenar huecos no mencionados en las entrevistas y afinar la comprensión que yo tenía sobre su pensamiento. Fredi brindó su consentimiento verbal y escrito para realizar las entrevistas y para publicar la información vertida en

las notas escritas en momentos y espacios diversos mostraban saltos abruptos entre los diferentes tiempos de la vida de Fredi. Y es que así funciona la mente humana mientras relata: salta de una memoria a otra, asociando los recuerdos con sentimientos propios del presente que observa, el pasado que recuerda y el futuro que imagina. Debí, entonces, encontrar una narración equilibrada que guardara los saltos en el tiempo presente, pero que también expusiera una línea retrospectiva con la cual estamos acostumbrados a leer una historia, que es siempre pasada.

Muy a la usanza antropológica, debía respetar los modos y expresiones de Fredi para que fuera su propia voz la que transmitiera sus pensamientos. Pero también debía narrar sus modos de forma tal que pudieran ser comprendidos por lectores que no conocen el argot de la calle, ni las experiencias psicoactivas, ni el arrebatado de los solventes. Este esfuerzo pareciera ocioso, pero no lo es. Aunque se pretende dar voz a Fredi, la elaboración escrita de su experiencia estuvo a mi cargo, que soy alguien ajeno a esa voz. Entonces, este texto es una narrativa sobre lo que mi propia mente escuchó para comprender a Fredi, sí, desde lo que consideré su punto de vista e historia, pero con la conciencia y tentativa de ser comprendida por otros, las y los lectores. Es una historia escuchada y escrita desde y para otros.

Debía mostrar la crudeza de la calle, los efectos de los solventes y otras drogas (a veces devastadores), la violencia, el deterioro del cuerpo, las tristezas, las pérdidas y las

ellas, cuidando siempre el utilizar solo aquella información con la cual él estaba de acuerdo en exponer. Su seudónimo y el de los personajes que se muestran en la narración fueron elegidos por él mismo. A decir suyo, son los sobrenombres con los cuales conocía a los personajes y, por respeto a ellos, decidió utilizarlos para que (en sus palabras) “los que leyeran conocieran lo que le pasó a la gente de verdad”.